

tica reivindicación del derecho al conocimiento por parte de las monjas.

En ella confiesa que se metió monja —en la Orden de las Carmelitas Descalzas primero y en la de San Jerónimo después— dada su total negación para el matrimonio. Y aun cuando expresa siempre su deseo de someterse a la voluntad divina, no hay en ella ni una pasión mística elaborada ni un ardor religioso ciego. Su verdadera pasión es razonar, poner en funcionamiento sus talentos —beneficio de Dios, no se olvida de aclarar—. Su mente, inclinada desde la infancia hacia los terrenos del saber, no puede parar un momento quieta. Sus opiniones vienen envueltas en los ardores del ingenio. Es maestra en dar en sus razonamientos una de cal y otra de arena.

Si ante la frase de San Pablo: "Mulieres in Ecclesia taceant" ("Las mujeres callen en las iglesias"), no manifiesta su desacuerdo, añade poco después: "Y esto es tan justo que no sólo a las mujeres, que por tan ineptas están tenidas, sino a los hombres, que con sólo serlo piensan que son sabios, se habría de prohibir..." (subrayado mío). Dejando caer, tras su aparente conformidad con las palabras del apóstol, su desdén por el sexo masculino. A los dos años de esta defensa de su genuino impulso de conocimiento, sor Juana dejó de escribir, hundiéndose en el silencio de su celda y el ajeteo de su convento, ese ajeteo que, confiesa, tan importuno le era para sus aficiones.

¿Cedió? ¿Se doblegó? ¿Hubo más presiones? Ciertamente, en su Respuesta se ven las huellas que iba dejando en ella la envidia. Los ataques que recibe, dice, no se deben a la posibilidad de que sus escritos causen ningún mal a nadie, sino "sólo porque he tenido amor a la sabiduría y a las letras". En su opinión, Cristo no fue condenado por malhechor o haber transgredido la ley, sino porque hacía milagros: "Qué hacemos —se preguntaron los fariseos—, porque este hombre hace muchos milagros".

Por lo demás, sor Juana no apunta que su vocación fuese específicamente la de escribir (aunque asegura que los versos le salían solos). Declara que jamás escribió por su gusto, sino a otras instancias, con la única salvada de El sueño, que viene a coincidir, significativamente, con lo más intrincadamente barroco de su producción. El estilo gongorino, qué duda cabe, le proporcionaba a la monja una vía idónea para poner en juego

su ingenio. El sueño es un poema a la sed sólo conduce a la derrota, queda en pie la grandiosidad del esfuerzo.

Pero en sor Juana, casi tanto como lo que escribió cuenta lo que no escribió, lo que hubiera escrito por su gusto, no sólo en esos dos años finales de absoluto silencio y total dedicación a sus hermanas de la Orden, sino a lo largo de toda su vida, en esos ratos que le quitaron la sociedad religiosa y la sociedad profana. Uno siente leyéndola que se fue sin haber dicho y hecho muchas cosas que anhelaba decir y hacer. ■ SOLEDAD PUERTOLAS.

## Una ilusión de libertad

La represión de la sexualidad humana, la discriminación entre modalidades ortodoxas —consideradas como "naturales"— y heterodoxas de la actividad sexual, tienen un origen mucho más prosaico de lo que suponen algunos: obedecen básicamente a necesidades socioeconómicas.

Los antiguos egipcios, entre otros, practicaban ciertos cultos fálicos y ritos de fecundidad que, vistos desde una perspectiva actual, podrían parecerse auténticas orgías, y que debieron de parecerse también a los judíos, ya que la ley mosaica trataría de suprimirlos. La realidad es que Israel necesitaba guerreros e intentaría imponer en su territorio —y en el de otros pueblos bajo su dominio— una sexualidad socialmente útil, dedicada exclusivamente a fines de procreación.

En el mundo griego, y posteriormente en el romano, el amor homosexual y la pederastia eran simples variantes del sexo, lícitas e incluso habituales entre ciudadanos de determinadas capas sociales. La sexualidad era vivida, al menos en esas capas, como puro goce, sin prejuicios moralistas, lo que situaba a aquellos ciudadanos en las antipodas de la cultura judeo-cristiana.

Poco a poco, sin embargo, a medida que se extiende el cristianismo por Europa, la Iglesia acentuará, a través de las prédicas y los escritos de los que luego se llamarán sus padres, su rechazo de la sexualidad, que dejará de verse como algo natural para convertirse en fuerte de impurezas y de pecado. Se hablará entonces de partes "altas" y partes "bajas" del cuerpo, y todo lo relacionado con los genitales llegará a producir auténtico asco. Valga co-

mo ejemplo el comentario de uno de aquellos padres, San Agustín, quien dirá, a propósito del hombre, que viene al mundo "entre defecaciones y orina".

A pesar de todo, tardará mucho tiempo en encontrar arraigo este ideal cristiano de castidad y ascetismo en una realidad social como la del Medioevo, fundamentalmente agraria. Durante siglos, en efecto, los campesinos seguirán viviendo en co-



"Las tres gracias", de Rubens; imagen de una sexualidad más libre.

munas, durmiendo desnudos en una misma habitación, copulando sin vergüenza en presencia de terceros, masturbándose cada vez que sientan un cierto escozor. Todo ello con la mayor naturalidad, como atestiguan innumerables baladas y canciones medievales, cuyo contenido nos resulta hoy casi pornográfico.

Habrà que esperar, pues, al gran despegue capitalista en torno a 1500 para que la moral cristiana encuentre por fin el apoyo que necesita para su definitiva expansión y afianzamiento. El ascetismo predicado siglo tras siglo por la Iglesia, coincidirá sobre todo, en sus variantes protestantes, con las exigencias de la nueva ética burguesa del rendimiento, y ambas morales se reforzarán mutuamente.

El cuerpo humano dejará de ser un órgano de placer, entre otras cosas, para convertirse casi exclusivamente en instrumento de producción al servicio del sistema socio-económico. Y la sexualidad no tendrá ya otro fin que procrear hijos capaces de integrar, llegado el momento, la fuerza de trabajo que necesita el sistema.

La represión de todo deseo instintivo del individuo relacionado con la sexualidad tendrá como efectos una creciente erotización neurótica de la fantasía

y el desarrollo de conductas aberrantes, como el sadismo, los diversos fetichismos, etc. La época llamada en Gran Bretaña "victoriana" representará el punto culminante de esa moral coercitiva al servicio de un capitalismo en estado bruto.

Pero las exigencias del sistema variarán con el propio desarrollo de las fuerzas productivas: la llegada de la segunda revolución industrial hará ya superfluo el ascetismo como norma de conducta. Hoy, el capitalismo no necesita la explotación salvaje de quienes venden, como único recurso, su propia fuerza de trabajo. La nueva estrategia requiere, por el contrario, la extensión del tiempo libre del individuo, que ya no es simple productor, sino también, y de forma cada vez más acentuada, consumidor. De ahí que se promocióne artificialmente el placer como fuente inagotable de beneficios, y se propague, desde el propio sistema, un relajamiento de las normas de moral sexual imperantes durante el período anterior.

Pero, ¡atención!, los nuevos estratagemas del capitalismo se han ocupado de trazar oportunamente una línea divisoria entre esfera pública y privada, y la tolerancia será distinta según los casos. De tal forma que la última servirá en realidad de válvula de escape para las tensiones acumuladas en aquélla. La agresividad derivada de la propia impotencia en el ámbito de lo público —un ámbito que escapa cada vez más a la capacidad de control del individuo y que se tiende consecuentemente a vivir como destino— se convertirá así, debidamente canalizada, en "agresión de consumo".

De ese modo, como señala Anton Andreas Guha en su excelente **Moral sexual y represión social** (1), el individuo, incapaz de influir en la esfera de la producción, se replugará sobre sí mismo de forma narcisista y tratará de autoafirmarse a través del consumo. Consecuencia de todo ello es el desinterés creciente del ciudadano hacia las necesidades que podríamos llamar **sociales** —vivienda, salud, escuela, defensa del medio ambiente— en beneficio de otras individuales y en muchos casos puramente ficticias.

El relajamiento de las normas morales en la esfera privada —que no tiene nada que ver con el deseable retorno a una sexualidad exenta de prejuicios, sino que equivale a la simple satisfacción consumista de ciertas "necesidades" de origen neuró-

(1) Traducción de Nélida I. de Machain. Granica Editor. Barcelona, 1977.

tico— crea así en el individuo una ilusión de libertad que elimina cualquier disposición a la resistencia en la esfera pública, es decir, cualquier conato serio de oposición al sistema. Con lo que éste tiene garantizado una vez más su dominio. ■ JOAQUIN RABAGO.

## PRENSA

### "Valencia Semanal", un semanario para la autonomía

La autonomía valenciana ya tiene su semanario, alumbrado por una buena estructura empresarial y solvente cuadro de profesionales de la pluma. En el raquítico mercado de la información valenciana aparece el "Valencia Semanal" con una línea editorial ajustada al momento político, y que se define como independiente de partidos o grupos de presión, veraz y honesta, y con unas escuetas reglas del juego: defender la democracia y la autonomía para el País Valenciano. "La verdad son los hechos mismos y lo que pueda haber tras ellos. La objetividad en los negocios humanos es patrimonio de los muertos" se lee en la editorial del número 1. "V. S." entra en el ruedo de la información como "un instrumento para que los valencianos sepan lo que pasa en su tierra: en su pueblo, en su barrio, en su empresa, en su País".

Un buen día se constituyó Publicaciones Valencianas, S. A., Puvasa para la posteridad, presidida por Pedro Soler Vicent. De consejero delegado actúa el economista Ernest Sena, hombre de la democracia cristiana valenciana de antes del 15 de junio, y para la gerencia se elige al también economista Paco Carrasco, socialista del PSPV, luego de la escisión Garcés y ahora por libre. Puvasa tiene muchos proyectos. El primero, el semanario, y después, la edición de libros. El escritor Amadeu Fabregat, novelista premiado, el Paco Umbral valenciano, ocupa el cargo de director de

publicaciones. Para la dirección del semanario ha sido contratado el redactor político de "Levante", José Luis Torró.

"Valencia Semanal" sale al mercado sin pecado original. De entrada, sus planteamientos se sitúan en una óptica amplia, sin sustentar posturas que han polarizado la vida política y ciudadana de este País, desde un extremo o desde un cliché hecho. La presentación del primer número en los locales de la Asociación de la Prensa iba en esa línea de entente cordial con todos los estamentos profesiona-



les. Sin embargo, no se puede olvidar sus antecedentes informativos. Los intentos más destacados de hacer un semanario de información regional valenciano fueron "La Marina" y "Dos y Dos". El primero no tuvo una vida muy larga. Cuando se agotó el capital de los demócratas y las presiones de los políticos franquistas de la localidad fueron insuperables, el semanario volvió a las manos de Pedro Zaragoza, hombre de Sánchez Bella que levantó Benidorm. En cuanto a "Dos y Dos", partió de presupuestos más realistas. Sin embargo, en verano salió el último número, para pasar a la posteridad como el ensayo general de una revista valenciana hecha por profesionales de la pluma y de la información.

El nuevo semanario aparece en un momento de cambio de signo de la situación de los últimos años. En prensa no diaria, "Cal Dir", revista del Partit Comunista del País Valencià (PCPV), ocupa desde hace unos meses el espacio de prensa de partido asequible a un público medio. El "País Valencià-Reporter" es un nuevo intento de aprovechar los medios empresariales de Madrid y Barcelona para ofrecer a los valencianos

artículos, firmas y opiniones nativos, aderezados con la actualidad estatal. Y poco más ha habido hasta hoy: el "Canfali", de Benidorm, que consiguió la separación del cargo del alcalde de la ciudad por registrar a su hijo en un lugar distinto de donde nació; la "Cartelera Turia", para espectáculos y cultura; y punto. El cambio de signo empieza a darse con Puvasa y los proyectos de una revista mensual editada por Prometeo (ediciones que creó Vicente Blasco Ibáñez), una cartelera de espectáculos de altos vuelos y el esperado diario valenciano todavía en fase de agrupación del capital. Todo ello se dirige a cubrir el vacío informativo que muestran las cifras de difusión. Mientras en Aragón y Galicia el número de periódicos por cada 1.000 habitantes es de 88 y 71, respectivamente, el País Valenciano no pasa de 48. Hace un año, los cinco diarios de la región tiraban con una difusión media total de 130.000 ejemplares. Y si a esto se añade la buena venta de diarios y semanarios realizados en Madrid y Barcelona, el raquitismo del panorama informativo queda patente.

Las secciones de "V. S." cumplen el cometido de ofrecer una imagen de semanario moderno de información general. Mientras en el número 1 la autonomía, Sagunto y Semprún ocupan portada, el número 2 da entrada a las feministas, Plan Sur del río Turia y al senador Beviá. En 44 páginas se combina el carácter lúdico de la actualidad valenciana con la sensatez de los informes. ■ JAIMÉ MILLAS.

## CINE

### Una lección de cine: "La chienne"

Décima de sus películas y segunda realizada bajo el sonoro, "La chienne" (1931) constituye una de las obras más ricas y significativas de Jean Renoir. Si "Nana" (1926) había sido el mayor logro de su etapa muda, "La chienne" adelantaría en algunos años el período esencial del cineasta francés, compren-

dido entre 1935 y 1939: "Tonin", "Le crime de M. Lange", "La vie est à nous", "La grande illusion", "La Marseillaise", "La bête humaine", "La règle du jeu"... El propio Renoir —con treinta y siete años en esos momentos— era consciente del alcance de su película: "La chienne" había de suponer para mí un viraje decisivo. En ella creo haberme aproximado a un estilo que yo llamo el 'realismo poético', escribió en sus Memorias. Y hoy ningún buen espectador madrileño debería faltar a la cita con "La chienne", que le ofrece una de las antiguas salas especiales, con la seguridad de que —por encima del casi medio siglo que le separa del film— va a asistir a una auténtica lección de cine. De cine perfectamente vigente y contemporáneo.

Porque si Jean Renoir es considerado como uno de los maestros decisivos de los realizadores actuales, ello no se debe a ningún tipo de exageración o malentendido. El simple recuerdo de las obras que acabamos de citar bastaría para justificarlo; pero, de manera más inmediata, la visión hoy de "La chienne" supone una perfecta constatación. Especialmente en su segunda mitad (a partir de la aparición del primer marido de la esposa del protagonista), a la que se llega tras una adecuada presentación de personajes y conflictos, y después de salvar un bache intermedio, "La chienne" nos asombra todavía por su inventiva, su libertad creadora y el carácter de la reflexión que domina su desenlace. Más allá de una trama argumental muchas veces repetida —el proceso de degradación de un hombre por su pasión hacia una mujer que, a su vez, es dominada por otro hombre—, es



Jean Renoir, autor de "La chienne" (1931).